

Lactancio

LA OBRA CREADORA  
DE DIOS

SOBRE LA OBRA CREADORA DE DIOS  
O LA FORMACIÓN DEL HOMBRE  
LIBRO DEDICADO A DEMETRIANO, SU DISCÍPULO<sup>1</sup>

*1. Proemio y exhortación a Demetriano*

1. Qué poco sosiego tengo –incluso hallándome en grandes aprietos<sup>2</sup>– te lo vas a poder imaginar por este pequeño opúsculo que te he escrito, Demetriano, con palabras casi toscas, según me ha permitido la mediocridad de mi ingenio, con el objetivo de que conocieras también mi afán cotidiano y de que no te faltase, sí, un maestro más, pero de una materia más venerable y de una doctrina mejor. 2. Pues si te has mostrado un discípulo muy exigente en las composiciones literarias que no instruyen en ninguna otra cosa sino en la lengua, ¡cuánto más te debes mostrar en estas, que son verdaderas y que conciernen a la vida, más dócil!

Por eso, te confieso públicamente en este momento que ningún apuro, ya sea material o temporal, me impedirá com-

poner algo con lo que los filósofos de nuestra secta<sup>3</sup>, la que defendemos, puedan llegar a ser más instruidos y sabios en el futuro, aunque ahora tengan mala fama y sean vilipendiados por el pueblo llano al vivir de un modo distinto a como conviene a los sabios y al ocultar con el velo de la palabra los vicios<sup>4</sup>; es oportuno que de estos se curen o que de ellos precisamente huyan para dar prestancia al beato e incorrupto nombre de la sabiduría haciendo congruente su vida misma con los preceptos. **3.** Yo, sin embargo, no me echo atrás ante ningún esfuerzo para instruirnos a nosotros mismos y a los demás: no me puedo olvidar, en efecto, de mí mismo, especialmente cuando tanto me conviene recordar; de igual modo, tampoco tú te puedes olvidar de ti mismo, como lo espero y lo deseo. **4.** Aunque la necesidad de la política te distraiga de las obras verdaderas y justas, no puede ser, sin embargo, que, de vez en cuando<sup>5</sup> no mire al cielo «el espíritu consciente de lo justo»<sup>6</sup>.

5. Por lo tanto, me alegro de que todo lo que se considera un bien te llegue fluida y favorablemente, con tal de que esto no cambie en nada tu mentalidad, pues me temo, en efecto, que la costumbre y el goce de estas cosas, como suele ocurrir, penetre en tu ánimo<sup>7</sup>. 6. Por eso te advierto, «y de nuevo insistiré en mi advertencia»<sup>8</sup>, para que no creas que hay que considerar los placeres de esta tierra como bienes excelsos y verdaderos, porque no solo son falaces al ser inciertos, sino también insidiosos al ser dulces. 7. En efecto, ya sabes qué astuto es aquel oponente y adversario nuestro y qué violento llega a ser con frecuencia, como lo vemos en el momento presente<sup>9</sup>. Todo lo que puede seducir, lo tiene él como ataduras, y son ciertamente tan sutiles que se escapan a los ojos del espíritu para que no puedan ser evitadas por la provisión del hombre. 8. Por lo tanto, es de suma prudencia proceder con pie cauto, ya que acecha a ambos lados del desfiladero<sup>10</sup> y, con celada, coloca obstáculos ante los pies.

9. Así pues, te aconsejo que, si puedes, en atención a tu virtud, estimes en poco tus prósperos negocios, en los que ahora estás inmerso, o que no los admires demasiado. Acuérdate asimismo de tu padre verdadero, en qué ciudad te has alistado<sup>11</sup> y de qué clase has sido; seguro que sabes de qué hablo. 10. No te acuso, en efecto, de soberbia, de la que no hay en ti sospecha

alguna, sino que me refiero a lo que tiene que ver con el espíritu, no con el cuerpo, cuya disposición racional está por completo organizada para que sirva al ánimo como a su dueño y sea dirigida por su voluntad. 11. Es<sup>12</sup>, en cierta manera, un jarrón hecho de tierra<sup>13</sup>, en el cual se contiene el ánimo, es decir, el hombre mismo verdadero, y que fue modelado, obviamente no por Prometeo, como dicen los poetas, sino por aquel gran Creador y Artífice de las cosas, Dios, cuya divina Providencia y perfectísima potencia no puede ser comprendida por el sentido ni expresada por la palabra.

Intentaré, no obstante, ya que se ha hecho mención del cuerpo y del alma, dar razón de ambas tanto cuanto me permita ver la fragilidad de mi inteligencia. 12. Pues creo que es muy importante que realice esta tarea por la siguiente causa, a saber, porque Marco Tulio, hombre de singular ingenio, intentó hacerla en el cuarto libro de la *República*<sup>14</sup>, pero<sup>15</sup> confinó una materia que es claramente muy amplia en unos límites estrechos, al escoger con ligereza lo más importante. 13. Y no debería haber ninguna disculpa para que él no hubiese llevado a cabo este asunto, él, que ha dado testimonio de que no le faltaba ni voluntad ni solicitud. En el primer libro de las *Leyes*, en efecto, cuando trata brevemente esto mismo, dice así: «De este asunto ya habló Escipión demasiado, en mi opinión, en los libros que leísteis»<sup>16</sup>. Sin embargo, un poco más tarde, en el segundo libro de *La naturaleza de los dioses*<sup>17</sup>, intentó desarro-

llar esto mismo con más amplitud. 14. Como allí no lo aclaró suficientemente, me encargaré de esta empresa e intentaré explicar con más audacia lo que un hombre tan elocuente apenas dejó intacto.

15. Quizá me reproches que intente examinar un asunto tan oscuro cuando consideras que ha habido hombres con gran atrevimiento, a los que el pueblo llano llama filósofos, que han escrutado lo que Dios quiso que fuese absolutamente abstruso y escondido y que han investigado la naturaleza de las cosas celestes y terrestres, que tan lejos quedan de nosotros y que no pueden ser contempladas con los ojos ni tocadas por la mano ni percibidas por los sentidos; y, sin embargo, ellos examinan la disposición racional de todas esas cosas de tal modo como si quisieran considerar que lo que aducen son cosas probadas y conocidas. 16. ¿Cómo es posible, entonces, que alguien considere aborrecible en nosotros el que queramos investigar y considerar la disposición racional de nuestro cuerpo? Esta no es, ciertamente, oscura, ya que podemos entender por las funciones mismas de los miembros y por los usos<sup>18</sup> de cada una de las partes con qué fuerza de la Providencia se ha hecho cada cosa.

## *2. Sobre la generación de las bestias y del hombre*

1. Aquel Artífice y Padre nuestro, Dios, le ha dado al hombre, en efecto, sentido y razón, por lo que tendría que ser evidente que Él nos ha engendrado, ya que<sup>19</sup> Él mismo es inteligencia, Él mismo es sentido y razón. 2. Puesto que esa fuerza racional no se la concedió a los demás seres animados, previó

de antemano de qué manera, sin embargo, su vida sería más segura.

A todos, en efecto, los cubrió con su propio pelaje de modo que pudieran soportar más fácilmente el rigor de las heladas y de los fríos. 3. A cada especie le otorgó su propia protección para que pudiese rechazar los ataques externos, ya sea para que se opusieran a los más fuertes con armas naturales, ya sea para que, los que son más débiles, se apartasen de los peligros con la agilidad de la huida, o bien para que, los que carecen tanto de fuerzas como de velocidad, se protejan con su astucia o se defiendan en sus escondrijos. 4. Y de este modo, otros, o bien se suspenden en lo más alto con ligeras plumas, o bien se apoyan en pezuñas, o bien están provistos de cuernos. Algunos tienen en la boca sus armas, los dientes, o en las patas<sup>20</sup> uñas ganchudas. A ninguno le falta una protección con la que defenderse.

5. Si, con todo, algunos caen presa de animales mayores, para que su estirpe no perezca completamente, o bien se los ha alejado a una región donde los mayores no pueden existir, o bien han recibido una capacidad de engendrar fértil y fecunda, de modo que, por un lado, se provea el alimento para las bestias que se nutren de sangre a partir de aquellos, pero, por otro lado, que la misma multitud de estos pueda superar la matanza perpetrada con el fin de conservar la especie. 6. Al hombre, sin embargo, al haberle concedido la razón y al haberle dado la capacidad de pensar y de hablar, le privó de aquello que se le concedió a los demás animales<sup>21</sup>, porque la sabi-

duría le podría dar lo que la condición de la naturaleza le había negado: lo formó desnudo e inerme porque podría tanto armarse con el ingenio como vestirse con la razón. 7. No obstante, no se puede expresar de qué forma tan maravillosa hace al hombre hermoso eso mismo que a las bestias sin habla se les ha concedido y al hombre se le ha negado. Puesto que si al hombre se le hubiesen añadido los dientes de las fieras o los cuernos o las garras o las uñas o la cola o los pelos de variado color, ¿quién no se percataría de lo feo que habría de ser ese animal, como tendrían que serlo también las bestias sin habla si se les formara desnudas e inermes<sup>22</sup>? 8. Si a estas se les quita el ropaje natural de su cuerpo o aquello de lo que están armadas de por sí, no podrían ser ni hermosas ni seguras, de tal modo que parece que están admirablemente provistas si se considera la utilidad, admirablemente adornadas si se considera el aspecto: ¿de qué modo tan asombroso se armoniza la utilidad con la hermosura!

9. Pero al hombre, al que formó como un animal eterno e inmortal, lo armó no en lo externo, como a los demás, sino en el interior. Y no puso su protección en el cuerpo, sino en el ánimo, ya que era innecesario, cuando le había concedido a él lo que era lo máximo, que lo cubriera con protecciones corporales, sobre todo cuando estas habrían de obstaculizar la belleza del cuerpo humano. 10. Por esto, me suelo admirar de la sinrazón de los filósofos que siguen a Epicuro, que censuran las obras de la naturaleza para mostrar que ninguna Providencia ha formado y rige el mundo, y atribuyen, sin embargo, el origen de las cosas a cuerpos indivisibles y sólidos, de los que todo nace y ha nacido por coincidencias fortuitas. 11. Omíto

las cosas que, como tacha, consideran pertenecientes al mundo mismo, en lo que muestran de un modo ridículo su locura. Yo me atengo a lo que se corresponde con el tema que estamos tratando en este momento.

### *3. Sobre la condición de la grey y del hombre*

1. Se quejan de que el hombre nazca mucho más débil y frágil de lo que los demás animales nacen. Éstos, una vez que han salido del útero, se alzan enseguida sobre sus patas y se ponen a correr de un lado para otro, e inmediatamente son aptos para tolerar el aire, ya que han venido a la luz protegidos por sus ropajes naturales. El hombre, por el contrario, es lanzado y arrojado desnudo e inerme a las desgracias de esta vida como si saliese de un naufragio<sup>23</sup>; este no puede moverse del lugar donde lo han echado ni puede acercarse por el alimento de la leche ni soportar las inclemencias del tiempo. 2. Así pues, la naturaleza no es, en su opinión, la madre del género humano, sino su madrastra<sup>24</sup>, que se ha mostrado tan generosa con las bestias sin habla, y al hombre, en cambio, lo ha lanzado de tal modo que, desvalido, débil y menesteroso de todo auxilio, nada puede, sino señalar la condición de su fragilidad con el llanto y las lágrimas, como «a quien tantas desgracias le quedan por pasar en la vida»<sup>25</sup>.

3. Cuando dicen estas cosas, se piensa que saben muchísimo, porque todo el mundo es inconsideradamente ingrato a su condición; yo, en cambio, nunca los juzgo tan insensatos

como cuando hablan de estas cosas. 4. Cuando considero, en efecto, la condición de las cosas, entiendo que nada ha debido ser de otra manera<sup>26</sup>, por no decir, que nada ha podido ser de otra manera, pues Dios lo puede todo: aquella providentísima Majestad ha debido llevar a cabo, entonces, lo que era lo mejor y lo más correcto. 5. Por eso me gustaría preguntar a estos reprehensores de las obras divinas qué creen que falta en el hombre para que nazca más débil. ¿Se puede educar a los hombres con más deficiencia por esta razón? ¿Progresan menos hacia la más alta flor de la edad? ¿Impide esta debilidad el crecimiento o la salud, cuando lo que falta lo concede la razón?

6. Pero la educación del hombre –dicen– se realiza con grandes penalidades; la condición de la grey<sup>27</sup> es, obviamente, mejor, porque todos estos, cuando dan a luz al hijo, no se ocupan sino de su pasto. De esto resulta que, llenándose por sí solas las ubres de lo suyo propio, se procura a los hijos el alimento de la leche, y estos, acuciados por la naturaleza, lo solicitan sin la premura de las madres. 7. ¿Qué pasa con las aves, cuya disposición racional es diversa? ¿No sufren grandes penalidades en la crianza, de modo que parece que a veces tienen algo de la inteligencia humana? Edifican, en efecto, los nidos de barro o los construyen con esquejes y ramas; privadas incluso de alimento, incuban huevos, y como no se les ha concedido alimentar a sus hijos con sus propios cuerpos, les traen la comida y se pasan todo el día de este modo, yendo de acá para allá; por las noches, en cambio, los defienden, los abrigan, los protegen. 8. ¿Qué más podrían hacer los hombres, sino quizá solo lo siguiente: el no expulsar a los hijos criados, sino mantenerlos unidos a sí por una correspondencia continua y por un vínculo de afecto? 9. ¿Es por esto la prole de las aves

mucho más frágil que la del hombre, porque no engendran al animal mismo<sup>28</sup>, sino que aquel resulta de ser calentado con el abrigo y el calor del cuerpo de la madre? Pues este, aunque esté animado por el hálito vital, carece, implume y tierno, no solo de la capacidad de volar, sino también de la de caminar. **10.** Por eso, ¿no sería alguien muy estúpido si creyera que la naturaleza ha actuado mal con los pájaros, primero porque nacen dos veces, y luego porque son tan débiles que deben ser alimentados con las comidas que sus padres han buscado con esfuerzo? Pero ellos eligen a los más fuertes, dejan de lado a los más débiles<sup>29</sup>.

**11.** Por eso, pregunto a quienes prefieren la condición de la grey a la suya qué elegirían si Dios les diese la siguiente opción: ¿prefieren la sabiduría humana<sup>30</sup> junto a su debilidad, o la reciedumbre de la grey con su naturaleza?<sup>31</sup> **12.** Evidentemente, no son tan brutos como para no preferir con mucho la fragilidad que ahora tienen, siempre que sea humana, a aquella reciedumbre irracional.

Es evidente que los hombres prudentes no quieren ni la razón de la persona humana con su fragilidad ni la reciedumbre de las bestias, que no pueden hablar, sin la razón. **13.** Porque nada hay tan rechazable y tan discordante como el que sea necesario que la razón o la condición de la naturaleza sea la que provea a cada animal. Si viene provisto con las protecciones naturales, la razón le es superflua. ¿Qué pensará si no [es así]? ¿Qué hará? O ¿qué se propondrá? O ¿en qué mostrará aquel la luz del ingenio cuando, lo que puede ser fruto de la razón, la naturaleza se lo concede espontáneamente? **14.** Si ha sido, en

cambio, dotado de razón, ¿qué necesidad tendrá de las defensas del cuerpo, cuando la razón, concedida una vez para siempre, puede completar el cometido de la naturaleza? Esta posee una capacidad tan grande para adornar y proteger al hombre, que Dios no le podría haber dado nada mayor o mejor.

**15.** Y por último, aunque el hombre no tenga un gran cuerpo, sean escasas sus fuerzas y él mismo sea débil de salud, ya que, sin embargo, ha recibido lo que es de mayor importancia, está más provisto y más adornado que los demás animales. **16.** Pues aunque nace frágil y débil, se protege, no obstante, de todas las bestias sin habla, y todas ellas, que nacen más recias, si bien soportan con más fortaleza las inclemencias del tiempo, sin embargo no se pueden proteger del hombre. **17.** Así se ve que la razón confiere al hombre más que la naturaleza a los animales, porque en ellos ni la grandeza de sus fuerzas ni la robustez de su cuerpo pueden lograr que no sean oprimidos por nosotros o que no sean sometidos a nuestra sujeción. **18.** ¿Puede, entonces, alguien quejarse del Creador de las cosas, de Dios, porque ha recibido pocas fuerzas, porque tiene un cuerpo pequeño, al ver que incluso los bueyes de Lucania<sup>32</sup> sirven al hombre con sus enormes cuerpos y fuerzas?<sup>33</sup>

Ni siquiera estima como ganancia los divinos beneficios que tiene en sí, lo que es propio del ingrato o (para hablar con más verdad) del enloquecido. **19.** Platón<sup>34</sup>, cuando confutó –creo–

a estos ingratos, dio gracias a la naturaleza<sup>35</sup> porque había nacido hombre<sup>36</sup>. **20.** ¡Cuánto mejor y más sensato es esto —el que aquel se percatara de que la condición del hombre es mejor— que lo de aquellos otros que habrían preferido haber nacido grey! Si por casualidad Dios los convirtiera en animales, cuya suerte prefieren a la suya, enseguida desearían volver de nuevo a la condición anterior y la pedirían con vehemencia y con grandes voces, porque la robustez y la fortaleza de un cuerpo tan grande no es tan valiosa como para carecer de la función de la lengua, o porque el libre movimiento de las aves por el aire no tiene tanto valor como que se carezca de manos: más ayudan las manos que la ligereza y el uso de las plumas; más ayuda la lengua que la fortaleza de todo el cuerpo. **21.** ¿Qué locura es, entonces, preferir aquello que, si se concediera, se rechazaría recibir?

#### *4. Sobre la debilidad del hombre*

1. Estos mismos se quejan de que el hombre esté sometido a las enfermedades y a una muerte intempestiva. Se indignan, por lo visto, de que no hayan nacidos dioses. «En absoluto<sup>37</sup>», dicen, «pero con ello mostramos que el hombre no ha sido hecho por Providencia alguna, ya que debería haber sido hecho de otra manera». **2.** Y ¿qué, si yo muestro además que con gran

razón se le ha provisto para que las enfermedades lo pudieran dañar y para que su vida se rompiese a menudo en la mitad de su curso? Como Dios sabía que el animal que había hecho se dirigía espontáneamente a la muerte, para que pudiera acoger la muerte misma, que es la disolución de la naturaleza, le concedió la fragilidad: esta hallaría un camino a la muerte para que disolviera el animal.

3. Ciertamente, si lo hubiese hecho según su robustez con el objetivo de que la enfermedad y la indisposición no pudieran llegar hasta él, tampoco lo podría alcanzar la muerte, porque la muerte es la consecuencia de las enfermedades. Pero ¿cómo podría estar ausente la muerte intempestiva de aquel a quien se le ha asignado una muerte a su sazón?<sup>38</sup> Obviamente no quieren que ningún hombre muera, a menos que haya cumplido cien años. 4. ¿Cómo podría cuadrar su razonamiento con una inconsistencia tan grande de la realidad? Para que nadie pudiera morir antes de cien años, habría que dotarlo de una robustez que fuese inmortal. Si se concede esto, es necesario que se excluya la condición de la muerte. 5. Pero ¿de qué índole puede ser aquello que haga al hombre robusto e inexpugnable contra las enfermedades y los golpes externos? Como, de hecho, está formado por huesos, nervios, vísceras y sangre, ¿cuál de todas estas cosas puede ser tan robusta para rechazar la fragilidad y la muerte? 6. En consecuencia, para que el hombre sea indisoluble antes del plazo que ellos creen que se le debió señalar, ¿de qué clase de materia le atribuyen un cuerpo? Frágil es todo lo que puede ser visto y tocado. Solo

queda que pidan algo del cielo, porque en la tierra nada hay que no sea endeble.

7. Por consiguiente, dado que así había de formar Dios al hombre, para que fuese en algún momento mortal<sup>39</sup>, la realidad misma exigía que fuese formado con un cuerpo terrenal y frágil. Debe recibir, por lo tanto, la muerte a su debido tiempo, porque es un ser corporal, y el cuerpo, en efecto, es algo soluble y mortal. 8. Muy necios son, por consiguiente, quienes se quejan de una muerte intempestiva, ya que la condición de su naturaleza da lugar a ello. Le corresponderá, por tanto, que también esté sujeto a las enfermedades: la naturaleza no soporta que pueda estar ausente la enfermedad de su cuerpo porque<sup>40</sup> en algún momento se debe disolver.

9. Pero imaginemos que puede ser hecho lo que precisamente quieren, que los hombres puedan nacer con la condición de que nadie esté sujeto a la enfermedad o a la muerte, a menos que, transcurrido el curso de su edad, llegue a la vejez postrera. 10. No ven, sin embargo, lo que resulta si así se dispusiese: que de ningún modo podría morir en algún otro momento<sup>41</sup>. Sin embargo, si otro le priva del alimento, este podría morir. El asunto exige entonces que el hombre, que no puede morir antes de un día determinado, no necesite el alimento de la comida, ya que se lo pueden quitar. Si no tuviera necesidad de alimento, ya no sería aquel un hombre, sino Dios. Por lo tanto, como he dicho más arriba, quienes se quejan de la fragilidad del hombre, se quejan principalmente de que no han nacido inmortales y sempiternos. 11. Nadie, a menos que sea anciano, debe morir<sup>42</sup>.

En cualquier caso, la mortalidad no puede conciliarse con la inmortalidad: si, en efecto, es mortal en la vejez, no puede ser inmortal en la adolescencia; ni es ajena la condición de la muerte a quien en algún momento ha de morir, ni tiene inmortalidad alguna<sup>43</sup> aquel a quien se le ha determinado un límite. **12.** Así pues, el excluir la inmortalidad para siempre y el admitir la mortalidad en el tiempo sitúan al hombre en una condición tal que debe ser mortal a cualquier edad.

Por lo tanto, cuadra todo necesariamente: ni debió ni pudo ser hecho de otro modo. Pero aquellos no ven el resultado de lo que sigue, porque se han equivocado justamente en el principio mismo. **13.** Al quedar excluida de los asuntos humanos la divina Providencia, se seguía necesariamente que todo había nacido por sí mismo. Por eso, se inventaron aquellos famosos choques de diminutas semillas y sus golpes al azar, porque no veían el origen de las cosas. **14.** Al enredarse en estos inconvenientes, la necesidad les exigía que pensarán que las almas nacían con cuerpos y con los cuerpos se extinguían: habían asumido que la mente divina no había hecho nada. En realidad, no habían podido probar de otra manera esta aserción que haciendo ver que existían cuestiones en donde la justificación de la Providencia cojeaba.

**15.** Censuraban, por lo tanto, aquello en lo que la Providencia expresaba maravillosamente y en grado sumo su propia divinidad, como las cosas de las que he hablado al tratar las enfermedades y la muerte intempestiva; deberían haber pensado qué se sigue necesariamente cuando se han asumido estos principios. **16.** Y resulta lo que ya he dicho: si el hombre no hubiera recibido enfermedades no tendría indignancia ni de techo ni de vestidos; ¿por qué habría de temer a los vientos o a

las lluvias o a los fríos, que tienen la capacidad de provocar enfermedades? Por eso ha recibido la sabiduría, para que defienda su propia fragilidad contra lo que lo daña. 17. Se sigue necesariamente que, dado que el hombre está sometido a la enfermedad para mantener la razón, también estará siempre sometido a la muerte, ya que, a quien no le llega la muerte, debe ser fuerte; la debilidad, sin embargo, posee en sí la condición de la muerte, pero allá donde hay fortaleza no puede haber lugar para la vejez ni para la muerte que sigue a la vejez.

18. Además, si la muerte estuviese establecida a una determinada edad, el hombre se haría muy insolente y carecería de toda humanidad, pues casi todos los derechos y deberes de humanidad a los que nos adherimos mutuamente nacen del miedo y de la conciencia de fragilidad. 19. En fin, aquellos animales más débiles y pusilánimes se agrupan para protegerse con el número, ya que no pueden protegerse con sus [únicas] fuerzas; los más fuertes, en cambio, desean estar solos porque confían en su robustez y en sus fuerzas. 20. También el hombre, si tuviese igualmente la suficiente robustez para rechazar los peligros, no mendigaría el auxilio de ningún otro. ¿Qué sociedad existiría, qué consideración de unos con otros, qué estructura, qué disposición racional, qué humanidad? ¿Qué habría más abominable que el hombre, qué habría más salvaje, qué habría más monstruoso? 21. Como es, sin embargo, débil y no puede vivir por sí mismo sin las personas, ansía la sociedad para que la vida en común esté más guarnecida y sea más segura. 22. Entonces se ve que toda la razón del hombre está principalmente en esto mismo: que nace desnudo y frágil, que se ve afectado por las enfermedades, que está castigado con la muerte intempestiva. Si se le quita al hombre estas cosas, es necesario que también se le quite la razón y la sabiduría.

23. Pero ya llevo mucho tiempo reflexionando sobre temas más que evidentes, porque es obvio que nada se ha hecho nunca ni se ha podido hacer sin la Providencia. Si de todas sus obras se me permitiese en este momento reflexionar por or-

den, infinita sería la materia. **24.** Pero yo solo me he propuesto hablar sobre el cuerpo del hombre, el único que tiene, para mostrar en él el poder de la divina Providencia: ¡qué grande ha sido en lo que concierne a estas cosas, que son comprensibles y obvias, pues aquellas que son del ánimo no pueden ser ni expuestas a los ojos ni comprendidas! Hablemos ahora del jarrón mismo del hombre que vemos<sup>44</sup>.

### *5. Sobre las formas y los miembros de los animales*

1. En el principio, cuando Dios hizo los animales<sup>45</sup>, no los quiso conglorar<sup>46</sup> y reunir con una apariencia y forma redonda para que pudieran moverse caminando fácilmente y se pudieran doblar a cualquier parte. De la zona más elevada del cuerpo, sin embargo, prolongó la cabeza. También extendió algunos miembros, que se llaman pies, haciéndolos más largos para que, apoyándolos en el suelo con movimientos alternos, hicieran avanzar al animal, allá donde el espíritu lo llevase o adonde la necesidad de buscar comida lo estimulara.

2. De la vasija misma del cuerpo, sin embargo, hizo cuatro extensiones: dos en la parte de atrás, que en todos son los pies; otras dos cerca de la cabeza y del cuello, que ofrecen varios usos a los seres animados. El ganado y las fieras tienen pies

parecidos a los de atrás, el hombre, en cambio, manos, que no se han generado para andar, sino que han nacido para hacer y manejar. 3. Hay también un tercer tipo, en los que aquellos miembros anteriores ni son pies ni son manos, sino alas, en las cuales las plumas, fijas por orden, tienen la función de volar. De este modo, una sola disposición posee diversas apariencias y usos. 4. Y para que se conjuntara con solidez el espesor mismo del cuerpo, una vez ligados los huesos mayores y menores unos con otros, los empalmó como si fueran una quilla a la que nosotros llamamos espina dorsal; y no la quiso formar de un único hueso continuo, no fuese que el animal no tuviera la facultad de caminar y doblarse. 5. De esta parte, casi a la mitad, ha extendido en diversas direcciones las costillas, esto es, unos huesos transversales y planos; con estos, que están ligeramente curvados y dispuestos hacia sí mismos casi como en círculo, se contienen las vísceras internas, de modo que estas, que era necesario hacer más blandas y menos fuertes, pudiesen ser defendidas al estar rodeadas de esta estructura sólida. 6. En lo más alto de esta construcción, que hemos calificado como parecida a la quilla de una nave, colocó la cabeza (*caput*), en la que está el mando de todo el ser animado. Y se le ha dado este nombre, como escribió en cierta ocasión Varrón<sup>47</sup> a Cicerón, porque allí tienen inicio (*capiant initium*) los sentidos y los nervios.

7. Pero estas partes que hemos dicho que se extienden desde el cuerpo, ya sea para andar, para hacer o para volar, quiso Dios que se compusieran no de huesos demasiado largos con

vistas a una movilidad veloz, ni demasiado cortos respecto a la robustez, sino de pocos y grandes huesos. 8. Son dos, como en el hombre, o cuatro<sup>48</sup>, como en los cuadrúpedos. Estos no los hizo macizos con el fin de que su lentitud y su peso no los retrasara al caminar, sino huecos y llenos por dentro de médulas con el objetivo de conservar el vigor del cuerpo. Es más, no terminó estas extensiones de igual manera, sino que conglobó sus partes más extremas con nódulos más espesos para que con más facilidad se pudieran enlazar con los tendones y ser giradas con más seguridad, por lo que se las llama articulaciones<sup>49</sup>.

9. Tejió estos nódulos, firmemente consolidados, con cierta cobertura blanda que se llama cartilago, para que, evidentemente, se flexionasen de alguna manera sin desgastarse por la fricción y sin sensación de dolor. A estos no los conformó de un único modo: 10. unos los hizo simples y redondos como una esfera, al menos en aquellas articulaciones en las que convenía que los miembros se movieran en todas partes, como por ejemplo en los hombros, ya que era necesario que las manos se movieran y giraran en todas las direcciones. A otros, en cambio, anchos, uniformes y redondos hacia una parte, especialmente en aquellos lugares en donde solo convenía que los miembros se curvaran, como en las rodillas, en los codos y en las manos mismas. 11. Pues así como fue hermoso y a la vez útil que las manos se movieran hacia cualquier lado desde el mismo lugar desde el que se originan<sup>50</sup>, si esto mismo, de hecho, les sucediera también a los codos, sería un movimiento

de esta clase superfluo e inapropiado. **12.** En ese caso, la mano, que habría perdido la dignidad de que ahora goza, sería considerada, por su excesiva movilidad, semejante a la trompa de un elefante, y el hombre sería simplemente un «mano-serpentino», un género que ha tenido un efecto maravilloso en aquella fiera monstruosa. **13.** Dios, que quiso mostrar su Providencia y su Potestad en la admirable variedad de muchas cosas, ya que no había extendido tanto la cabeza de este animal de modo que pudiera tocar con la boca la tierra, que hubiera sido horrible y espantoso, y puesto que había armado la boca misma con unos dientes que sobresalen de tal manera que, aunque la boca tocara la tierra, los dientes, sin embargo, le habrían de privar de la facultad de pacer, extendió entre ellos, desde lo alto de la frente, un miembro blando y flexible con el que pudiera coger o agarrar lo que quisiera para que la prominente magnitud de sus dientes o la pequeñez de su cuello no obstaculizaran el recurso de coger su alimento.

#### *6. Sobre el error de Epicuro, sobre los miembros y su uso*

**1.** No puedo por menos en este punto de exponer una vez más la necedad de Epicuro, ya que de él procede todo aquello en lo que Lucrecio delira; este, para mostrar que los animales no han nacido de ninguna destreza de la mente divina, sino, como él suele señalar, del azar, dijo<sup>51</sup> que en el principio del mundo nacieron innumerables seres animados distintos con una apariencia y tamaño admirable, pero que no pudieron persistir porque les faltó la facultad de coger el alimento o la disposición racional de unirse y procrear. **2.** Es evidente que, para hacer sitio a sus átomos<sup>52</sup>, quiso excluir la divina Providencia.

Pero al ver que la admirable razón de la Providencia estaba dentro de todos los que respiran, ¿qué vanidad (¡desgraciado!) era decir que habían existido animales asombrosos en los que había cesado la razón<sup>53</sup>?

3. Porque, en efecto, todo lo que vemos, ha nacido con razón –pues eso mismo, el nacer, no lo puede hacer sino la razón–, es evidente que nada pudo ser en absoluto engendrado privado de razón. 4. En efecto, ya se había previsto antes en cada uno de los que habían de ser creados de qué modo usaría el cometido de los miembros para las necesidades de la vida y de qué modo la descendencia, creada con la unión de los cuerpos, conservaría todos los seres animados según sus especies. 5. Pues si un arquitecto avezado, cuando se decide a realizar un edificio de cierta magnitud, medita antes de nada qué acabado tendrá el edificio entero, y con antelación calibra qué lugar le corresponde a un peso ligero, dónde estará la masa con un peso mayor, cuál es la distancia entre las columnas, cuáles y dónde estarán las bajadas y las salidas de las aguas que caen y sus receptáculos; 6. si prevé antes –digo– estas cosas que son necesarias para la obra ya terminada justo al empezar con los fundamentos mismos, ¿por qué cree alguno que Dios, al planificar los animales, no previó qué sería necesario para vivir antes de darles la vida misma? Ciertamente, esta no puede existir si no se ha realizado antes aquello en lo que consiste.

7. Por lo tanto, Epicuro veía en los cuerpos de los animales la destreza de la razón divina. Pero para que se llevara a cabo lo que antes había asumido imprudentemente, añadió otro disparate congruente con el anterior. 8. Dijo, en efecto, que ni los ojos se habían originado para ver ni los oídos para oír ni los pies para caminar, ya que estos miembros habían nacido antes

del uso de ver, de oír y de andar, sino que las funciones de todos estos miembros habían surgido a partir de estos órganos, una vez que estos se habían originado.

9. Me temo que no parecería ser menos necio el rechazar las excentricidades y el carácter ridículo de estas cosas, pero estoy dispuesto a decir necedades, ya que tratamos con un necio, con el fin de que no se tenga por demasiado listo<sup>54</sup>. 10. ¿Qué dices, Epicuro? ¿No se han originado los ojos para ver? Y entonces, ¿por qué ven? Después –dijo– apareció su uso. Por lo tanto, se han originado para ver, dado que, de hecho, no pueden hacer otra cosa sino ver. Y de igual modo, la causa por la que se han originado los demás miembros la muestra el uso mismo que, sin lugar a dudas, no podría existir de ninguna de las maneras si todos los miembros no hubieran sido realizados tan ordenada y tan providencialmente que les permitiera tener justamente dicha actividad.

11. Y ¿qué, pues, si te atreves a decir que la aves no han nacido para volar ni las fieras para ser salvajes ni los peces para nadar ni los hombres para ser sabios, cuando es obvio que los seres animados están supeditados a la naturaleza y a la función para la que han sido engendrados? 12. Pero, evidentemente, quien ha perdido el fundamento mismo de la verdad, se tiene que equivocar siempre. Si, en efecto, nada ha nacido de la Providencia, sino que todo se ha originado por el impacto fortuito de los átomos, ¿por qué no ocurre nunca, por ejemplo, que aquellos principios se conjunten de tal modo que realicen un animal del siguiente estilo, que oyera más bien con las narices, oliera con los ojos y viera con los oídos? 13. Si, en efecto, los principios primordiales no dejan ningún tipo de posición sin ensayar, se deberían engendrar monstruos cada día de esta manera en los que el orden de los miembros debería estar alterado

y en los que debería existir una actividad bien diversa. 14. Pero como todas las especies y, en cada una de ellas, todos sus miembros, guardan sus propias leyes, estructuras y actividades, es evidente que no se ha hecho nada por azar, pues la disposición de la razón divina se mantiene perpetuamente. Pero rechacemos a Epicuro en otro momento y reflexionemos ahora sobre la Providencia, como ya hemos empezado.

### *7. Sobre todas las partes del cuerpo*

1. En efecto, Dios unió y vinculó las partes macizas del cuerpo, que se llaman huesos, después de haberlas anudado y juntado unas con otras por medio de los tendones, con los que el entendimiento, cuando quiere correr o pararse, los utiliza como cuerdas<sup>55</sup> y, sin ningún esfuerzo o denuedo, sino con una mínima señal, domina y dirige la mole de todo el cuerpo. 2. Cubrió esta parte con las vísceras, tal y como convenía a cada lugar, de modo que las partes macizas así confinadas estuviesen protegidas al quedar cubiertas. Asimismo, mezcló las venas con las vísceras mismas, como riachuelos esparcidos por todo el cuerpo, por donde discurren el humor y la sangre, que irrigan con los jugos vitales todos los miembros. Y estas vísceras, formadas en el único modo en el que resultaba adecuado para cualquier especie y lugar, las cubrió echándole por encima la piel, a la que decoró solo con belleza, bien porque la cubrió con pelo, o porque la proveyó con espinas, ya sea porque la adornó con espléndidas plumas. 3. Esto es, en realidad, una idea admirable de Dios, el que una única disposición y una única estructura presente una innumerable variedad de imágenes, pues en casi todo lo que respira existe la misma secuencia y orden de miembros: 4. primero, la cabeza; a ella está unida el cuello; del mismo modo, se le añade a la nuca el pecho y

de él salen los brazos; al pecho se le adhiere el vientre; del mismo modo, al vientre se le unen por debajo los genitales, y en último lugar, vienen los muslos y los pies.

5. No solo los miembros conservan en todo su proporción y su emplazamiento, sino también las partes de estos miembros. En efecto, en una única y misma cabeza poseen los oídos un emplazamiento determinado, los ojos un lugar determinado, lo mismo las narices, igualmente la boca, y en esta, los dientes y la lengua. Aunque todas estas cosas son las mismas en todos los seres animados, existe, sin embargo, una diversidad infinita y múltiple de composiciones, porque todas las cosas que he dicho, más alargadas o más reducidas, se delimitan por particularidades que difieren entre sí con gran variedad.

6. ¿Y qué? ¿No es esto divino, el que en tan gran multitud de vivientes cualquier animal sea el más hermoso en la especie de su categoría, de modo que, si algo se transfiriera de un animal a otro y al revés, nada habría de parecer más contrario a la utilidad, nada más deforme a la apariencia? Como si se atribuye al elefante un cuello más largo, o al camello<sup>56</sup> uno más breve, o si se añade pies o pelos a las serpientes, en las que la longitud del cuerpo, igualmente prolongado, no requiriera de ninguna otra cosa más que de reptar, marcadas en su espalda con manchas y apoyándose en la ligereza de sus escamas, con deslizantes movimientos de flexibles sinuosidades.

7. En los cuadrúpedos, sin embargo, el Creador mismo ha sacado mucho más lejos, fuera del cuerpo, el conjunto de la espina dorsal, que procede de lo más alto de la cabeza, y la ha hecho terminar en punta en forma de cola, bien para que las partes vergonzosas del cuerpo sean cubiertas por su deformidad o protegidas por su delicadeza, bien para que algunos animales insignificantes y perjudiciales sean expulsados del cuerpo con

su movimiento: si se le quita este miembro, el animal se vuelve imperfecto y débil. 8. Donde hay razón y manos, ese [miembro] es tan innecesario como un revestimiento de pelos. Pero hasta tal punto se ensambla cualquier cosa perfectamente en su especie, que nadie podría pensar algo más feo que el que existiese un cuadrúpedo desnudo o un hombre cubierto de pelos.

9. No obstante, aunque la desnudez misma del hombre lo haga admirablemente hermoso, no se adecua esta, sin embargo, para la cabeza<sup>57</sup>. Por eso la cubrió con pelo, y como además iba a estar en lo más alto de todo, la adornó de una forma parecida a la cumbre más elevada de un edificio. Este adorno no está recogido en forma de círculo o se ha hecho redondo con la apariencia de un gorro, para que no fuese deforme en algunas partes desnudas, sino que en determinadas zonas está desperdigado y en otras zonas echado hacia atrás, según la conveniencia de cada lugar. 10. Por eso, la frente rodeada por un perímetro, los cabellos que se desparraman por las sienes delante de las orejas, la parte más elevada de estas, que se halla rodeada a modo de corona, y toda la parte occipital, bien cubierta, dan una apariencia de admirable compostura. 11. Es increíble cuánto contribuye la disposición de la barba, ya sea para reconocer la madurez de los cuerpos, ya sea para diferenciar los sexos, ya sea para resaltar el atractivo de la virilidad y de su fuerza; de tal modo que se tendría la impresión de que la disposición racional de toda la obra no tendría en modo alguno consistencia si algo se llevara a cabo de otra manera.

### *8. Sobre las partes del hombre: los ojos y las orejas*

1. Ahora mostraré la disposición racional del hombre entero y de cada de uno sus miembros que en el cuerpo están

cubiertos o descubiertos, y explicaré sus actividades y estructuras.

2. Cuando Dios estableció que, de todos los animales, solo haría al hombre celeste y a todos los demás terrenos, a aquel lo erigió, como en tensión hacia la contemplación del cielo, y lo creó bípedo para que, evidentemente, mirase allí de donde le viene su origen; a estos, en cambio, los redujo a la tierra para que, al no tener esperanza alguna de inmortalidad, proyectados con su cuerpo entero hacia la tierra, estuviesen sometidos al vientre y a la comida. 3. Por eso, solo del hombre es propia una disposición racional derecha<sup>58</sup>, así como su elevada condición y su rostro semejante y cercano al de Dios Padre muestran su origen y su Creador. Su espíritu, casi divino –porque a él se le ha concedido el dominio, no solo de los seres animados que están en la tierra, sino también de su propio cuerpo– colocado en lo más alto de la cabeza, como en lo más elevado de una fortaleza, mira y contempla todo. 4. Este palacio suyo no lo formó Dios achatado y alargado, como en los animales sin habla, sino parecido a una esfera y a un globo, porque la forma esférica de la redondez tiene la propiedad de una disposición y figura perfectas. 5. Por eso, aquella<sup>59</sup> cubre el espíritu y aquel famoso fuego divino como una bóveda celeste<sup>60</sup>. Dado que había cubierto su extremidad más elevada con un ropaje natural, la parte anterior, que se llama cara, la preparó e igualmente la adornó con las prestaciones necesarias de los miembros.

6. Y en primer lugar, ya que encerró las órbitas de los ojos en oquedades cóncavas –Varrón juzgó<sup>61</sup> que a partir de esta perforación la frente<sup>62</sup> recibió este nombre–, no quiso Dios que estos fueran ni más ni menos que dos, porque no hay número más perfecto para el aspecto que el dos; del mismo modo, dos son también las orejas: es increíble cuánta belleza implica su duplicidad, ya que, por un lado, una es adornada con otra parecida y, por otro lado, las voces se unen más fácilmente al llegar por ambos lados. 7. Incluso su forma misma fue realizada de un modo admirable, ya que no quiso que sus oquedades se quedaran desnudas y descubiertas, lo que hubiese resultado de menos belleza y de menos utilidad, puesto que, si sucediera así, la voz podría pasar volando de largo<sup>63</sup> por las estrecheces de sus cavidades simples si no fuera porque se interceptara por medio de orificios cóncavos y que la voz, que se habría de mantener por su reverberación, fuese recluida por las oquedades mismas, que son parecidas a esas válvulas pequeñas con las que, una vez colocadas, se suelen llenar los jarrones de boca estrecha. 8. Por eso, estas orejas<sup>64</sup> –a estas se les ha puesto este nombre por las voces que absorben, de ahí que Virgilio diga: «...la voz con estos oídos absorbí»<sup>65</sup>; o porque los griegos llaman a esta misma voz *audên*, de oír, se denominan ellas orejas (*aurēs*), como oyes (*audēs*) con el cambio de una letra– el Artífice, Dios, no quiso formarlas con unas películas blandas que desmerecieran su belleza al hacerlas pendulares y flácidas, ni tampoco con duros y sólidos huesos para que, inmóviles y rígidas, fuesen inútiles para su uso, sino que

pensó en algo que estuviese entre medias de ambas cosas, de modo que un cartílago más blando las recubriera y tuvieran una robustez a la vez adecuada y flexible.

9. En las orejas se ha establecido solo la función de oír, como en los ojos la de ver. La sutilidad de estos es en gran medida inexplicable y admirable, ya que sus órbitas, que guardan un parecido con las gemas, las recubrió por la parte con la que se ha de ver con membranas transparentes para que las imágenes de las cosas puestas contra ellas se reflejaran como en un espejo, con el fin de que penetraran al sentido más interno.

10. Por esas membranas ve aquel sentido, que se llama entendimiento, las cosas que están fuera: lo digo no sea que quizá pienses que vemos por la penetración de las imágenes, como han dicho los filósofos, ya que la función de ver debe estar en aquello que ve, no en aquello que se ve; o porque tal vez pienses que vemos por la presión del aire junto con la mirada o por la emanación de rayos, dado que, si así fuese, veríamos más tarde de lo que giramos los ojos<sup>66</sup>, cuando el aire presionado junto a la mirada o los rayos lanzados llegaran a lo que habría de ser visto.

11. Ahora bien, como vemos en un mismo lapso de tiempo y, la mayor parte de las veces, aunque estemos haciendo otra cosa, no por ello vemos menos lo que está enfrente de nosotros, es aún más cierto y evidente que es el espíritu el que atraviesa por medio de los ojos lo que está enfrente, como por medio de ventanas cubiertas de cristal transparente o por una piedra reflectante. 12. Por esta razón se discierne a menudo el espíritu y la voluntad a través de los ojos. Con todo, para confutar esto, Lucrecio usó un argumento muy inadecuado. Si, en efecto, el espíritu –dijo– ve por los ojos, vería más con unos ojos extraí-

dos o sacados, de igual modo que las puertas arrancadas junto a sus jambas procuran más luz que si están cerradas. **13.** Sin duda alguna, a él, o más bien a Epicuro, que fue quien le enseñó, le habían sacado los ojos para que no viera que las órbitas sacadas, las fibras de los ojos rotas, la sangre que fluye por las venas, las carnes que crecen por las heridas y las cicatrices que se han cerrado hasta el final no pueden admitir luz alguna, a menos que quizá quisiera decir que los ojos se han producido de una manera parecida a como lo han hecho las orejas, de tal modo que no veríamos tanto por los ojos como por las oquedades, cosa que no puede ser más fea para la apariencia y más inútil para el uso. **14.** ¡Qué poco podríamos ver si el espíritu se extendiera por las pequeñas ranuras de las cavernas desde las partes más íntimas de la cabeza! Porque si alguien quisiera ver a través de un tallo de cicuta, no vería, de hecho, más de lo que la capacidad del mismo tallo de la cicuta misma le permite.

**15.** Así pues, fue necesario que, para ver, los miembros se conglobaran más bien en un círculo, con el fin de que la visión se desparramara a lo ancho, y que se adhirieran a la parte anterior del rostro, de modo que pudieran observar todo libremente. **16.** Por lo tanto, la fuerza inefable de la divina Providencia hizo dos órbitas muy parecidas y las unió para que no solo giraran hacia todas partes, sino para que pudieran moverse y curvarse con medida. Quiso que las órbitas mismas estuviesen llenas de un humor puro y brillante<sup>67</sup> en cuya parte media se mantuvieran encerradas las chispas de la luz, a las que llamamos pupilas, en las que, puras y sutiles, se contienen el sentido y la razón de ver. **17.** Por medio de estas órbitas, pues, se dirige el espíritu a sí mismo para ver y, con una disposición admirable, se mezcla y se combina en una sola cosa la visión de ambos ojos.

## *9. Sobre los sentidos y su capacidad*

1. En este lugar deseo reprender la vanidad de quienes<sup>68</sup>, al querer mostrar que los sentidos son falsos, recogen muchos casos en los que los ojos yerran, entre ellos también el de los enloquecidos y el de los borrachos, que ven todo por duplicado, como si fuese oscura la causa de su error. Esto mismo, en efecto, sucede porque hay dos ojos. 2. Escucha, no obstante, cómo sucede.

La visión de los ojos consiste en la tensión del ánimo. Dado que el espíritu, como se ha dicho más arriba, utiliza los ojos como ventanas, esto sucede no solo para los borrachos o los enloquecidos, sino también para los sanos y los sobrios. En efecto, si se aproxima algo demasiado cerca, se verá doble, pues está establecida la distancia y el espacio en los que la línea de los ojos se une. 3. Asimismo, si se echa hacia atrás el ánimo, como si fuera a pensar, y se relaja la tensión del espíritu, aquí la línea de ambos ojos se extiende y, entonces, cada uno empieza a ver separadamente. Si se tensiona de nuevo el ánimo y se endereza la línea visual, lo que se veía como doble se une en una única cosa. 4. Pues ¿de qué hay que sorprenderse si el espíritu, trastornado por una poción y por la fuerza del vino, no puede dirigirse para ver, así como tampoco pueden los pies para caminar, débiles como están por el agarrotamiento de los tendones, o si la fuerza de la locura, que hace estragos en el cerebro, separa el consenso de los ojos? Es esto de tal manera cierto que no puede de ningún modo suceder que los tuertos,

aunque enloquezcan o se emborrachen, vean algo doble. 5. Porque si obvia es la razón de por qué los ojos yerran, es evidente que los sentidos no son falsos: ya sea que estos se equivoquen o ya sea que no lo hagan porque son puros e íntegros, el espíritu, que reconoce el error que aquellos cometen, en realidad no se equivoca.

#### *10. Sobre los miembros externos del hombre y su función*

1. Pero volvamos a las obras de Dios. Para que, de hecho, los ojos estuviesen más protegidos de cualquier percance, a estos los cubrió (*occuluit*) con el revestimiento de los párpados, por lo que se llaman ojos (*oculos*), según Varrón. 2. Los párpados mismos (*palpebrae*), a los que la movilidad, es decir, el pestañeo (*palpitatio*), les otorgó este nombre, al estar amurallados por un conjunto de pelos puestos en orden, ofrecen a los ojos un cercado muy hermoso. Su movimiento continuo, que tiene lugar a una velocidad increíble, no impide la capacidad de ver y restablece la vista. 3. La pupila, esto es, aquella membrana traslúcida que no conviene que se seque o que se vuelva árida, se desgasta a menos que, limpiada por un humor continuo, brille con claridad. 4. Y ¿qué ocurre con las partes más elevadas de las cejas, adornadas con pelos más cortos? Estos, que son como trincheras, ¿no otorgan su protección a los ojos para que no les caiga nada de arriba y les ofrecen a la vez su prestancia? De su linde nace la nariz y se extiende como por una cresta igualada; las dos pupilas separa y a la vez las protege. 5. También un poco más abajo hay una protuberancia en las mejillas, de ningún modo malograda, que emerge suavemente, de una manera parecida a las colinas, y que hace los ojos más seguros por todas partes. Ha sido provista por el Sumo Artífice para que, si se produjese un golpe muy fuerte, fuese rechazado por estas prominencias.

6. Sólidamente se ha formado la parte superior de la nariz hasta su mitad; la inferior, a la que se adhiere un cartílago, de

una manera blanda, para que pueda ser tocada por los dedos. 7. Pero en este miembro, incluso aunque se trata de uno simple, se han establecido tres funciones: la primera es llevar el hálito; la segunda, recoger los olores; la tercera, que las inmunicias del cerebro salgan por sus orificios<sup>69</sup>. Estos mismos, ¡con qué índole tan admirable y tan divina los ha construido Dios con el fin de que la apertura misma de la nariz no deformara la apariencia del rostro! 8. Esto hubiese sido evidente si la oquedad se abriera de forma única y simple. La aisló y la dividió como por una pared trazada por el medio, y con esta misma duplicidad la hizo muy hermosa, 9. de donde comprendemos cuánto ayuda a la perfección de las cosas el número dos consolidado por una estructura única y simple.

Aunque el cuerpo es uno solo, no habría podido constituirse como un todo de miembros simples a no ser que hubiera partes de derecha y de izquierda. 10. Por eso, así como los dos pies, y también las dos manos, no solo tienen una cierta utilidad y la tarea de andar o de hacer, sino que también confieren un aspecto y una belleza admirable, asimismo, en la cabeza, que es como la cumbre de toda la obra divina, ha dividido el Sumo Artífice igualmente la audición en dos orejas, la visión en dos pupilas y el olfato en dos narices, ya que el cerebro, en el que radica la propiedad de sentir, aunque es uno solo, ha sido dividido sin embargo en dos partes por una membrana que va por el medio. 11. Y también el corazón, que parece que es la morada de la sabiduría, aunque es uno solo, tiene no obstante dos ventrículos internos en los que se contienen las fuentes vivas de la sangre, divididas por un cercado que las corta. Así como en el mundo mismo el principio más elevado de las cosas –bien sea doble a partir de lo simple, bien sea simple a

partir de lo doble— gobierna y contiene la totalidad, del mismo modo en el cuerpo presentaría la totalidad, basada en la dualidad, una unidad indisoluble.

12. Tampoco se puede narrar qué útiles y qué hermosos son el aspecto de la boca y la hendidura que se abre horizontalmente, cuyo uso posee dos funciones: la de coger el alimento y la de hablar. 13. La lengua, que distingue la voz en palabras con sus movimientos, está confinada dentro de aquella y es intérprete del ánimo. Por sí sola, sin embargo, no puede cumplir con el cometido de hablar, a menos que golpee su punta contra el paladar y a menos que sea ayudada por el impacto contra los dientes o por la presión de los labios. Los dientes, no obstante, sí aportan más al habla, 14. dado que los bebés no empiezan a hablar hasta que no tienen dientes, y los ancianos, una vez que han perdido los dientes, balbucean de tal modo que parece que han vuelto de nuevo a la infancia. 15. Pero esto solo es pertinente a los hombres o a los pájaros, en los que la lengua, que se bate y vibra con determinados movimientos, expresa innumerables inflexiones de cantos y varios tipos de sonidos. 16. La lengua tiene además otra función, que está en todos y que no se utiliza solo en los animales sin habla: acumular la comida comprimida y aplastada por los dientes, presionarla con su fuerza, una vez hecha la comida una bola, y transmitirla al vientre. Por eso cree Varrón que se ha impuesto el nombre de lengua (*linguae*) porque ligaba (*ligando*) la comida. 17. También ayuda a las bestias con la bebida, pues beben agua extendiéndola y ahuecándola, y cuando la tienen cogida en la cavidad de la lengua, para que no se derrame por la tardanza o la demora, la mandan de un golpe al paladar con un movimiento veloz. Por eso se cubre la lengua como por una bóveda<sup>70</sup>, con la parte cóncava del

paladar, y Dios la valló con el cercado de los dientes, como con un muro.

18. A los dientes mismos<sup>71</sup>, para que, descubiertos o sueltos, no fuesen más motivo de horror que de adorno, los decoró con blandas encías (*gingivis*), que reciben este nombre por generar (*gignendis*) los dientes, y con la cobertura de los labios. Su dureza, como en la piedra molar, es mayor y más áspera que en los demás huesos, con el fin de que sirvan para desmenuzar la comida y el alimento. 19. Los labios mismos, que antes estaban como unidos, ¡qué hermosamente los separó! De éstos, señaló el superior, justo debajo de la parte central de las narices, con una especie de pequeña laguna, como con un valle; el inferior lo ha extendido ligeramente hacia fuera por motivos de belleza. 20. Respecto a la recepción del gusto, se equivoca quien cree que este sentido se halla en el paladar: es en la lengua donde, en efecto, se sienten los sabores, pero no en toda ella. Pues las partes que son más tiernas por ambos lados atraen el sabor en sutilísimos sentidos. Y aunque en nada disminuye ni la comida ni la bebida, el sabor penetra sin embargo de un modo inenarrable hacia el sentido, de la misma manera que el sentido del olfato no coge nada de materia alguna.

21. Y apenas se puede expresar qué hermoso es todo lo demás: el mentón, que desciende suavemente desde las mejillas y concluye en la parte inferior, de tal modo que parece que una división ligeramente impresa señala su punta más extrema; el cuello, tieso y redondo; los omóplatos, que caen desde la nuca como en suaves yugos; los brazos, robustos y unidos por los tendones, al servicio de la fortaleza; la enérgica robustez de la parte superior de los brazos, que se halla en los potentes músculos; la utilidad y la hermosa flexión de los codos.

22. ¿Qué diré de las manos, servidoras de la razón y de la sabiduría? Estas las hizo el habilísimo Artífice con una curvatura nivelada y ligeramente cóncava para que, si se tuviese que coger algo, se pudiera instalar en ellas adecuadamente, y puso en su extremo los dedos, en los que es difícil pensar si es mayor la belleza o la utilidad. 23. Pues su número, perfecto y completo, su hermosísimo orden y graduación, la flexible curvatura de sus idénticas articulaciones, la redondeada forma de las uñas, que incluye y robustece la punta de los dedos con cubiertas cóncavas para que la blandura de la carne no cediera al coger algo, le procuran un gran ornato. 24. Pero lo siguiente es idóneo de una manera admirable para el uso, ya que hay uno solo que nace, separado de los demás, de la mano misma y se extiende con una antelación mayor que el resto en otra dirección. Este dedo se ofrece al resto como si fuese a su encuentro y posee la plena facultad de sostener y de hacer, ya sea solo, ya sea de un modo preeminente, como rector y gobernador de todo, de donde también recibe el nombre de pulgar (*pollicis*) porque se impone (*polleat*) entre los demás por su fuerza y autoridad. 25. Tiene dos falanges salientes, y no tres como los demás, pero una sola se une a la mano con la carne por un motivo de belleza. Si hubiese tenido tres falanges y él mismo hubiese estado separado, la apariencia deforme y espantosa les hubiese quitado a las manos dignidad.

26. Además, la anchura del pecho, elevada y expuesta a los ojos, muestra la admirable dignidad de su compostura. Este es el motivo por el que parece que Dios formó solo al hombre como si estuviese enhiesto –puesto que casi ningún otro animal puede acostarse de espaldas–; a los animales sin habla, en cambio, los moldeó como si se acostaran de uno u otro lado y los ha empujado hacia la tierra. Por eso tienen un pecho más pequeño, apartado de la vista y precipitado hacia la tierra; el del hombre, en cambio, es abierto y erguido, ya que, lleno de la razón dada desde el cielo, no debía estar en la bajeza terrenal o ser poco hermoso. 27. Los senos sobresalen levemente y es-

tán coronados por unos círculos más oscuros y redondos, y añaden algo a la belleza. Se les dio a las mujeres para que alimentasen a los niños, en los varones solo para la belleza, de modo que el pecho no pareciera deforme y como mutilado. Por debajo de esto está la llanura del vientre, en cuya mitad, más o menos, el ombligo no da una nota de fealdad, sino que ha sido hecho para esto, para que por su medio se alimente al hijo mientras está en el útero.

### *11. Sobre los intestinos del hombre y su uso*

1. A continuación debo empezar a hablar también sobre las partes internas y las vísceras, a las que no se les ha atribuido belleza porque están escondidas, sino una utilidad increíble, puesto que era necesario que este cuerpo terrenal se alimentara con algún jugo de alimentos y de bebidas, como la tierra misma se alimenta con las lluvias y la escarcha. 2. El providentísimo Artífice hizo en su mitad un receptáculo para los alimentos, con los cuales, una vez digeridos y disueltos, se distribuyeran los jugos vitales a todos los miembros. 3. Pero como el hombre está formado de cuerpo y alma, aquel receptáculo que he mencionado más arriba solo es responsable del alimento del cuerpo; al alma, en cambio, le dio otra sede. Hizo cierto tipo blando y disgregado de vísceras que llamamos pulmón<sup>72</sup>; no lo formó de igual modo que los odres para que el hálito ni se espirara todo de una vez ni se inspirara todo de una vez. 4. Por eso, Dios no<sup>73</sup> hizo las partes internas saturadas, sino inflables y con la capa-

cidad de coger aire, para que, poco a poco, recibieran el hálito, mientras el viento vital se desparrama por aquella esponjosidad, y para que lo devolviesen paulatinamente mientras se despliega a partir de aquellas. Este intercambio mismo<sup>74</sup> y el movimiento de espirar e inspirar sustentan la vida del cuerpo.

5. Puesto que dos son los receptáculos en el hombre, uno de aire, que alimenta el alma, el otro de comida, que alimenta el cuerpo<sup>75</sup>, es necesario que sean dos los conductos en el cuello, el nutritivo y el respiratorio; de estos dos, el de arriba lleva este sustento desde la boca hasta el vientre; el de abajo, desde las narices hasta el pulmón. 6. Su naturaleza e índole son diversas. Aquel que va desde la boca se ha hecho blando y, cerrado, siempre se adhiere a sí mismo, como la boca, ya que la bebida y la comida, una vez que han dilatado y han abierto el esófago al ser corporales, se procuran espacio para pasar. 7. El hálito, por el contrario, que es incorpóreo y tenue, ya que no habría podido procurarse espacio para sí, ha recibido una vía abierta que se llama tráquea. Está formada por huesos flexibles y blandos, como por anillos compactos, que se adhieren unos con otros como lo hace el tallo de la cicuta; este paso siempre está abierto. 8. El hálito no puede tener, en efecto, ningún descanso en su circulación; este, puesto que está siempre en movimiento, se frena como por cierto contacto con la parte de un miembro que baja, por utilidad, desde el cerebro y que tiene por nombre úvula, para que no dañe la blandura de ese alojamiento cuando viene con fuerza y ha traído consigo aire insano, o para que no lleve toda la violencia de su deterioro a los receptáculos internos. Por eso mismo también están las narices (*nares*) un poco abiertas, que por esto se llaman así, porque el olor o el hálito no dejan de discurrir (*nare*)

por ellas<sup>76</sup>. **9.** Sin embargo, este tubo respiratorio no solo se abre a las narices, sino también a la boca en las regiones extremas del paladar, en donde las amígdalas de la garganta, que dan a la úvula, comienzan a elevarse en un promontorio. **10.** La causa y la razón de este asunto no son oscuras: no tendríamos, en efecto, la facultad de hablar si se abriera el camino de la tráquea solo hacia las narices, como el camino del esófago solo se abre hacia la boca<sup>77</sup>.

**11.** La divina destreza abrió, pues, una vía para la voz a partir de aquel conducto respiratorio con el fin de que la lengua pudiera desempeñar su cometido y separar con sus golpes el curso ininterrumpido de la voz, transformándola en palabras. Este curso, si viene interrumpido de algún modo, hace al hombre necesariamente mudo. Yerra abiertamente quien cree que es otra la causa por la que los hombres son mudos. **12.** No tienen la lengua atada, como cree el pueblo llano, sino que éstos expulsan aquel hálito vocal por las narices, como mugiendo, ya que el paso hacia la boca de la voz o no existe en absoluto o no se abre tanto como para que puedan emitir una voz plena. **13.** La mayor parte de las veces sucede de un modo natural; a veces también sucede por casualidad que este camino queda obstruido por alguna enfermedad y no transmite la voz a la lengua, haciendo de hablantes mudos. Cuando esto sucede, es necesario que la audición también quede obstruida, de modo que, al no poder emitir una voz, tampoco se la puede admitir. Por lo tanto, la causa del habla radica en este paso abierto. **14.** Esto permite también que, cuando se acuda a los baños, se desvíe el aire caliente a la boca, dado que las narices no pueden soportar el calor; del mismo modo, si una flema causada por

el frío taponara eventualmente los poros de las narices, podríamos llevar el soplo a través de la boca para que, aunque estuviera obstruida la facultad de circulación, el hálito no se obstruya. 15. Por otro lado, después de que haya sido recibida la comida en el estómago y de que haya sido mezclada con el humor de la bebida, y una vez que ya han sido totalmente cocidos por el calor, su jugo, que de un modo inenarrable se difunde por los miembros, irriga el cuerpo entero y le da vigor.

16. También las múltiples espirales de los intestinos y su longitud enroscada sobre sí misma, pero unida por una única banda, ¡qué maravillosa obra de Dios es! En efecto, cuando el estómago ha expulsado de sí el alimento macerado, se expande poco a poco por los pliegues de los intestinos, para que sea distribuido a todos los miembros la parte de jugo que ellos contienen y con el cual el cuerpo se alimenta. 17. Y para que no ocurra, casualmente, que en algún sitio se adhieran y se frenen, lo que ciertamente podría suceder por las curvas de sus propios enroscamientos, ya que se vuelven a menudo sobre sí mismos, lo que no podría acaecer sin causar daño, las untó por dentro con un jugo más grueso, con el objeto de que las inmundicias del vientre se llevaran más fácilmente a la salida por una zona resbaladiza.

18. También es muy sutil la siguiente disposición, el que la vejiga, de la que no hacen uso las aves, se llene y se hinche con humor, a pesar de que esté separada de los intestinos y de que no tenga ningún conducto por el que desde aquellos se lleve la orina<sup>78</sup>. 19. Y no es difícil ver con claridad de qué modo sucede esto: en efecto<sup>79</sup>, las partes de los intestinos que reciben

del estómago la comida y la bebida son más anchos y mucho más tenues que ciertas espirales. 20. Estas rodean la vejiga y la engloban; cuando a estas partes llegan la bebida y la comida mezcladas, el excremento se hace más espeso y lo atraviesa; todo el humor, empero, se filtra por aquella zona blanda, lo absorbe y lo recoge la vejiga, que es una membrana tan tenue como sutil, y lo echa fuera por donde la naturaleza le abrió una salida<sup>80</sup>.

## *12. Sobre el útero, la concepción y los sexos<sup>81</sup>*

1. Ya que hablamos de las zonas internas, es también necesario decir algo sobre el útero y la concepción, para que no parezca que omitimos alguna cosa. Aunque estas funciones se esconden en lo secreto, no pueden, sin embargo, esconderse al sentido y a la inteligencia.

2. La vena de los varones que contiene el semen es doble; está un poco más dentro de aquel receptáculo de humor repulsivo. Así como los riñones son dos, también los testículos y así también las venas seminales son dos, si bien están unidas en una única estructura: es lo que vemos en los cuerpos de los animales cuando se los abre después de haberlos dividido por la mitad. 3. La que está más a la derecha contiene el semen

masculino, la que está más a la izquierda, el femenino<sup>82</sup>, y en todo el cuerpo, en general, la parte derecha es masculina, la izquierda, en cambio, femenina. 4. Algunos piensan que el semen solo confluye de las médulas; otros creen, en cambio, que confluye de todo el cuerpo a la vena genital y allí se condensa. No obstante, cómo sucedan estas cosas es algo que el espíritu humano no puede comprender. 5. Asimismo, en las mujeres, el útero se divide en dos partes, que se expanden, se curvan en sentido contrario y se enroscan como los cuernos de un carnero. Esta parte que se dobla hacia la derecha es masculina, la que se dobla hacia la izquierda, femenina.

6. Por eso, Varrón y Aristóteles creen que la concepción sucede del siguiente modo. Dicen que el semen no está solo en los machos, sino también en las hembras y, por eso, la mayor parte de las veces se engendran hijos parecidos a las madres; sin embargo, el semen de estas es sangre purificada. Si se ha mezclado correctamente con el del macho, ambos espermas van tomando forma después de que se hayan condensado y se hayan coagulado a la vez. Primero se constituye el corazón del hombre, porque en él está toda la vida y toda la sabiduría, y a continuación se completa toda la obra en cuarenta días. Esto lo han colegido quizá de los abortos. 7. En las crías de las aves, en cambio, no hay duda de que primero se forman los ojos, porque esto se ve a menudo en los huevos, de donde se deduce –creo– que esto no pueda suceder si la formación no diera comienzo desde la cabeza.

8. Creen que las semejanzas en los cuerpos de los hijos suceden del siguiente modo. Cuando los espermas, mezclados entre sí, se unen, si prevalece el del varón, se parece al padre, ya sea macho o hembra; si prevalece el de la mujer, el vástago,

sea de cualquier sexo, responde a la imagen materna. **9.** Prevalece de los dos el que fue más fértil; el otro viene de algún modo abrazado y confinado. Por esto sucede con frecuencia que se resalte los trazos de uno solo. **10.** Si la mezcla fue igualitaria a partir de un semen nivelado, las formas también se mezclan, de modo que el vástago común parece que no se refiere a ninguno de los dos, ya que no posee todo de uno de los dos, o parece que atañe a los dos, porque ha prendido una parte de cada uno de ellos. **11.** Vemos, en efecto, en los cuerpos de los animales que, o bien se confunden los colores de los padres y se convierten en un tercero que no se parece a ninguno de los dos progenitores, o bien los colores de uno y otro se representan de tal modo que su mezcla homogénea se diversifica por todo el cuerpo en miembros de distintos colores.

**12.** También creen que las naturalezas desiguales suceden del siguiente modo. Cuando el semen de estirpe masculina cae por casualidad en la parte izquierda del útero, se piensa que se engendra un varón; pero como se concibe en la parte femenina, debe de tener algo en sí femenino más allá de lo que consiente la dignidad masculina: o una belleza notable o una blancura excesiva o una ligereza del cuerpo o unos miembros delicados o una estatura corta o una voz aguda o un espíritu embotado o varios de estos rasgos. **13.** Asimismo, si el semen de género femenino fluye a la parte derecha, se engendra una mujer. Pero, puesto que es concebida en la parte masculina, debe de tener un poco más de virilidad de lo que la condición de su sexo permite: o unos miembros robustos o una talla exagerada o una tez oscura o un rostro velludo o una cara fea o una voz grave o un ánimo audaz o varios de estos rasgos. **14.** Si el semen masculino llega a la parte derecha o el femenino a la izquierda, los dos hijos nacen correctamente, de tal modo que en las mujeres la belleza de su naturaleza impregna todo y en los varones su fuerza viril se preserva tanto en el espíritu como en el cuerpo.

**15.** ¡Pero qué plan de Dios este tan admirable, que para la conservación de ambas especies, haya ideado dos sexos, el del

varón y el de la mujer! Éstos dan a luz a la prole sucesiva copulando entre sí por medio de la atracción del deseo, con el fin de que la condición mortal no extinga todo el género de los seres vivientes. 16. Pero se ha atribuido a los varones más robustez con el objetivo de que las mujeres sean apremiadas más fácilmente a la paciencia del yugo marital. Se lo ha llamado así varón (*uir*) porque en él la fuerza (*uis*) es mayor que en la mujer; y de aquí recibe su nombre la virtud (*uirtus*). 17. Así, la mujer (*mulier*), tal y como lo interpreta Varrón<sup>83</sup>, viene de blandura (*mollitie*); si se hubiese cambiado una letra y se hubiese suprimido otra, hubiese sido como *mollier*. Cuando esta ha gestado a un niño y ya se empieza a acercar el parto, las mamas se le hacen más turgentes, se ensanchan con dulces jugos y abunda su pecho fecundo de fuentes lácteas para el nutrimiento del que va a nacer. No convenía, en efecto, otra cosa sino que el animal inteligente sacara el alimento del corazón. 18. Y eso mismo se ha preparado con mucho talento: que un humor brillante y grasiento irrigue la ternura del nuevo cuerpo hasta que se le formen los dientes y se robustezca con energía para coger un alimento más sólido. Pero volvamos a nuestro propósito para explicar brevemente el resto de lo que queda.

### 13. Sobre los miembros inferiores

1. También te podría exponer en este momento la maravillosa condición de los miembros genitales si el pudor no me coartara hacer este tipo de discurso. Por eso cubriremos con el manto de la modestia estas cosas que han de causar vergüenza. 2. Respecto a este asunto, hay que lamentar en gran manera que los impíos e irreverentes cometan esta gravísima profanación, porque transforman la divina y admirable obra de Dios, que había ideado y había realizado para la propagación de la

especie con una inteligencia impensable, en una ganancia muy sucia o en vergonzosas obras de su repulsiva pasión, de modo que ya no buscan nada de esta santísima materia que no sea su inane y estéril satisfacción.

3. Y ¿qué? ¿Acaso carecen las demás partes del cuerpo de una disposición racional y de belleza? La carne conglobada en las nalgas ¿qué apta es para la función de sentarse! Y es más robusta que en los demás miembros para que, al presionar la mole del cuerpo, no ceda hasta los huesos. 4. Asimismo, se ha alargado hacia abajo y se ha fortalecido con músculos más anchos la longitud de los muslos, razón por la cual el peso del cuerpo se mantiene con más facilidad; a esta parte, que poco a poco va cediendo hasta hacerse más estrecha, la delimitan las rodillas, cuyas bellas articulaciones ofrecen a los pies una flexión tan adecuada para caminar y para sentarse. 5. De igual manera, no están dispuestas las piernas de un modo parejo para que su fea apariencia no deformara los pies, sino que se las ha hecho robustas y hermosas, con pantorrillas redondeadas, que sobresalen ligeramente y que poco a poco se van estrechando.

6. En las plantas<sup>84</sup> de los pies se da la misma disposición que en las manos, pero con grandes diferencias. A aquellas, puesto que son como los fundamentos de la obra<sup>85</sup> entera, no las hizo el maravilloso Artífice con una apariencia redonda, no fuese que el hombre no pudiese mantenerse derecho o que tuviese necesidad de otros pies para quedarse en posición vertical, como los cuadrúpedos, sino que las formó más extensas y largas, de modo que logran mantener al cuerpo estable en su superficie plana, y por esta razón se les ha dado ese nombre. 7. Tienen el mismo número de dedos que en las manos, dando pre-

ferencia a su apariencia más que a su uso; por eso están unidos, son pequeños y tienen una disposición gradual. Al mayor de éstos, dado que no era necesario que estuviese, como en la mano, separado de los demás, se le ha reintegrado en su secuencia, aunque parezca, sin embargo, que se distancia de los otros por su tamaño y por un pequeño espacio intermedio. 8. Su preciosa hermandad robustece la presión de los pies con no poca ayuda; de hecho, no podemos echar a correr si no tomamos impulso e ímpetu con los dedos que han presionado el terreno y que se han apoyado en el suelo.

Me parece que he explicado todo de lo que se puede entender su disposición racional. Ahora trato lo que es dudoso u oscuro.

#### *14. Sobre la desconocida disposición de algunos intestinos*

1. Se sabe que hay muchas cosas en el cuerpo cuya fuerza y disposición racional nadie puede comprender sino el que las hizo. 2. ¿Se cree alguien capaz de aclarar qué utilidad y qué efecto tiene aquella tenue membrana transparente con la que se tapiza en red y se cubre el estómago? 3. ¿Qué parecido hay entre los dos riñones (*renum*)? Dice Varrón que éstos se llaman así porque de ellos nacen corrientes (*riui*) de un humor repulsivo; esto no es en absoluto así, puesto que se unen, dirigiéndose hacia arriba, a ambos lados de la espina dorsal, y están separados por los intestinos. 4. ¿Qué decir del bazo? ¿Qué acerca del hígado? Estas vísceras parece que se han condensado como de sangre descompuesta. ¿Qué acerca del amarguísimo licor de la bilis? ¿Qué acerca de la esfera del corazón? A menos que quizá pensemos que haya que creer a aquellos que opinan que el sentimiento de ira se forma en la bilis, el de pavor en el corazón, en el bazo el de alegría. 5. Dicen que la función del hígado es que se cueza la comida en el estómago rodeándola y calentándola; algunos creen que las pasiones de los asuntos amorosos se contienen en el hígado.

6. En primer lugar, estas cosas no las puede comprender la agudeza del sentido humano porque sus funciones se esconden en lo secreto y no señalan abiertamente sus usos. Pues si así fuese, quizá algunos animales más tranquilos no tendrían absolutamente nada o tendrían un poco menos de bilis que las fieras; los más tímidos tendrían más corazón; los más lascivos tendrían más hígado; los más bulliciosos tendrían más bazo. 7. Así como, en efecto, nosotros percibimos que oímos con los oídos, que vemos con los ojos, que olemos con las narices, así también percibiríamos con la bilis el estar airados, con el hígado el desear, con el bazo el gozar. Como apenas percibimos de dónde vienen estos sentimientos, puede ser que incluso provengan de otra parte y que esas vísceras realicen algo distinto a lo que sospechamos, algo que apenas podamos imaginarnos. Ni tampoco podemos estar convencidos de que aquellos que examinan estas cosas digan algo falso. Pero creo que todo lo que concierne al movimiento del ánimo y del alma es de una razón tan oscura y tan profunda, que está por encima del hombre el que las ve diáfananamente. 9. Esto, sin embargo, debe también ser tenido por cierto e indubitable: todas estas cosas, todos estos tipos de vísceras deben tener una misma y única función, el contener el alma en el cuerpo. Pero lo que se aplica precisamente a cada cometido singular, ¿quién lo puede saber, sino el Artífice, el único a quien le es conocida su obra?

### 15. Sobre la voz

1. Sobre la voz, ¿qué razón podemos dar? De hecho, los gramáticos y los filósofos definen la voz como el aire que reverbera (*uerberatum*) con el hálito, de donde las palabras (*uerba*) reciben su nombre, lo que es claramente falso.

2. La voz, en efecto, no se genera fuera de la boca, sino dentro, y por eso es más verosímil aquella afirmación que dice que el aire presionado, cuando ha chocado con la oposición de la

garganta, produce el sonido de la voz. Como cuando echamos el aliento en un tallo de cicuta abierta sostenida por el labio: cuando el soplo ha golpeado la parte cóncava del tallo de la cicuta y ha vuelto desde el fondo, al chocar con el aire que desciende a su encuentro<sup>86</sup>, engendra, buscando una salida, el sonido; y el viento, mientras rebota, se anima por su propio medio y se transforma en un soplido vocálico. **3.** El que esto sea en realidad verdad, debe verlo Dios, el Artífice.

Parece, en efecto, que la voz nace no de la boca, sino de lo más íntimo del pecho. E incluso con la boca cerrada, se emite por las narices un sonido tal y como puede ser un sonido de estas características. **4.** Es más, incluso con una inspiración profunda, con la que podemos respirar, no se produce la voz; pero con una inspiración leve y sin presión, se produce siempre que queramos. Por eso, no se puede comprender ni cómo acaece ni qué es en realidad la voz. **5.** Y no creas que yo he caído en el parecer de la Academia<sup>87</sup>, pues no todo es incomprendible. Se debe reconocer, en efecto, que muchas cosas no se conocen, ya que Dios quiso que esas excedieran la inteligencia del hombre; **6.** pero hay muchas cosas, sin embargo, que sí pueden ser percibidas por los sentidos y comprendidas por la razón. Pero ya habrá lugar de que mantengamos una discusión global contra los filósofos. Demos término a lo que discurremos.

## 16. *Sobre el espíritu y su sede*

1. ¿Quién no sabe que también la disposición racional del espíritu es incomprendible, sino quien no la tiene en absoluto al desconocer en qué lugar se halla el espíritu mismo y de qué clase es? Cosas diversas, de hecho, han sostenido los filósofos al debatir sobre su variada naturaleza y ubicación; 2. yo no voy a ocultar, sin embargo, lo que yo mismo percibo, no porque vaya a afirmar que haya de ser de este modo –es, en efecto, de necios el comportarse así en asuntos dudosos–, sino para que entiendas, una vez expuesta la dificultad del asunto, cuánta es la grandeza de las obras divinas.

3. Algunos han estimado que la sede del espíritu está en el pecho. Pero si esto es así, ¿con qué gran milagro se ha juzgado adecuado que algo colocado en un alojamiento oscuro y tenebroso se ocupe de la gran luz de la razón y de la inteligencia! Además, dado que a él confluyen los sentidos de todas las partes del cuerpo, ¿cómo parece, entonces, que está presente en cualquier punto de los miembros?

4. Otros han dicho que su sede está en el cerebro y han utilizado argumentos muy probables: era, sin duda alguna, conveniente que lo que tuviera el gobierno de todo el cuerpo habitara preferentemente en la parte más alta del cuerpo, como en una fortaleza; y que nada puede estar más elevado que lo que gobierna todo con la razón, como el mismo Señor y Rector del mundo está en lo más excelso. 5. Por último, que los miembros que se ocupan de cada sentido, es decir, del de oír, del de ver, del de oler, se han colocado en la cabeza, cuya vías, en su totalidad, conducen, no al pecho, sino al cerebro; de otro modo, deberíamos percibir con un retraso mucho mayor hasta que la facultad de percibir hiciera un largo trayecto y bajara por el cuello hasta el mismo pecho. 6. Éstos no deben de equivocarse mucho, o quizá no lo hacen en absoluto.

Parece que el espíritu, que tiene el dominio del cuerpo, se halla en lo más alto de la cabeza, como Dios en el cielo. Pero

cuando se está en alguna reflexión, transita hasta el pecho y se retira como a cierto lugar apartado y secreto con el fin de sacar y revelar un consejo, como de un tesoro escondido. 7. Por eso, cuando nos sumimos en nuestros pensamientos y el espíritu está entretenido, se esconde en lo profundo y no solemos ni oír lo que nos rodea ni ver lo que está delante<sup>88</sup>. 8. Pero si esto es así, es del todo admirable de qué modo pueda ocurrir esto, puesto que no hay abierto ningún camino desde el cerebro hasta el pecho. Pero si no es así, no es mucho menos admirable, porque no sé por qué razón se hace para que parezca que así sea. 9. ¿Puede uno no admirarse de que aquel sentido vivo y celeste que se llama espíritu o ánimo tenga tanta movilidad que no descanse ni siquiera cuando duerme, tenga tanta velocidad que atravesase en un momento del tiempo todo el cielo y, si quisiera, sobrevolase mares, recorriese tierras y ciudades, y que, en fin, todo lo que desease, por muy lejos que estuviese apartado, se lo pudiera figurar ante su vista?

10. ¿Y puede alguien admirarse de que el espíritu divino de Dios discurra y se extienda por todas partes del mundo, rija todo, modere todo, esté presente en todos los lugares y se haya difundido por todos los sitios, cuando tan grande es, de hecho, la fuerza y la potestad del espíritu humano encerrado dentro de un cuerpo mortal que ni siquiera el muro de este cuerpo pesado y perezoso al que está encadenado le puede en modo alguno coartar que se conceda la facultad de andar errabundo a su antojo, incapaz como es de reposo?

11. En consecuencia, el espíritu habita en la cabeza o en el pecho; ¿puede alguien comprender qué fuerza de la razón logra que aquel sentido incomprensible se adhiera a la médula del cerebro o a aquella sangre bipartita que está encerrada en

el corazón? ¿No se juzga de esto mismo qué grande es el poder de Dios, puesto que el ánimo no se ve a sí mismo ni ve de qué clase está hecho<sup>89</sup> y que, aunque lo viera, no podría entender de qué modo lo incorpóreo se ha unido a lo corpóreo? **12.** O bien no existe un lugar para el espíritu, sino que se halla diseminado por todo el cuerpo, lo que también puede ser; esto lo sostuvo igualmente Jenócrates<sup>90</sup>, discípulo de Platón, ya que, de hecho, el sentido está en cualquier parte del cuerpo, y no se puede entender qué es el espíritu en sí mismo o de qué clase está hecho, porque su naturaleza es tan sutil y tenue que, una vez difundido en vísceras sólidas, se ha mezclado con todos los miembros gracias a un sentido vivo y casi ardiente.

**13.** Ten cuidado de creer como algo verosímil lo que dice Aristóxeno<sup>91</sup>: el espíritu no existe de ninguna manera, sino que existe la capacidad de percibir, como lo hace la armonía en la lira, a partir de la formación del cuerpo y de las estructuras de las vísceras<sup>92</sup>. Los músicos llaman, en efecto, armonía a la tensión y a la sintonía de las cuerdas en ritmos completos, sin ninguna indisposición de sonidos. **14.** Por eso, creen que el ánimo se halla en el hombre de un modo parecido a como se halla la modulación proporcionada en la lira, es decir, que la firme conjunción de cada una de las partes del cuerpo y el vigor de todos los miembros que se ajustan como uno solo permiten aquel movimiento sensible y producen el ánimo, como las cuerdas bien tensas que suscitan un sonido rítmico. **15.** Y co-

mo en la lira, cuando algo está estropeado o relajado, se perturba y se disuelve la condición de todo el canto, así también en el cuerpo, cuando una parte de los miembros ha sufrido un daño, se destruye la totalidad y, corrupto y perturbado todo, muere el sentido: a esto se llama muerte. 16. Sin embargo, si aquel tuviese un poco de espíritu, no trasladaría nunca la armonía de la lira al hombre. La lira, en efecto, no puede cantar por sí misma de modo que se pueda realizar alguna comparación o parecido entre ella y los seres vivos. El ánimo, sin embargo, piensa y se mueve por sí mismo. 17. Porque si algo en nosotros fuese parecido a la armonía, se movería por un golpe externo, como la lira por las manos, que si no la toca el artista y no la pulsán los dedos, yacen mudos e inertes. 18. Pero, sin duda, a él se le tenía que haber tocado con la mano para que alguna vez percibiera, porque su espíritu, mal conjuntado a partir de sus miembros, estaba entumecido.

### *17. Sobre el alma y el parecer de los filósofos*

1. Queda por hablar del alma. Aunque no se pueda percibir su razón y su naturaleza, no por ello dejamos de entender que el alma sea inmortal, porque lo que tiene vigor y se mueve por sí mismo continuamente y no puede ni ser visto ni tocado debe ser eterno. 2. Pero acerca de lo que es el alma no se han puesto todavía de acuerdo los filósofos ni quizá se pongan nunca de acuerdo. Algunos han dicho que es la sangre, otros, el fuego, otros, el viento, de donde recibió el nombre de alma (*anima*) o de ánimo (*animus*), porque en griego viento se dice *anemos*. Sin embargo, parece que ninguno de ellos ha dicho nada en absoluto.

3. En efecto, aunque parezca que el alma se extingue si la sangre se sale por una herida o se consume por el calor de las fiebres, no hay que poner por ello la disposición racional del alma en la materia de la sangre; es como si se hiciera la pregunta de qué es la luz que utilizamos y que se respondiera que

es el aceite porque, una vez consumido este, la luz se extingue. Aunque sean ciertamente cosas diversas, el uno es, sin embargo, el alimento del otro. En consecuencia, parece que el alma es semejante a la luz, ya que no es ella misma la sangre, pero se alimenta del humor de la sangre, como la luz del aceite.

4. Quienes, sin embargo, han creído que es el fuego, han utilizado este argumento: cuando el alma está presente, el cuerpo está caliente, cuando se va, se queda frío. Pero el fuego carece de sensación, se le ve y arde con el tacto; el alma, en cambio, está repleta de sensación y no puede ni ser vista ni salir en llamas, de donde es manifiesto que el alma es un no sé qué parecido a Dios. 5. Pero los que creen que es el viento, se equivocan en esto, en que parece que vivimos cogiendo aliento del aire. Varrón la definió así: el alma es el aire recogido en la boca, cocido en el pulmón, templado en el corazón<sup>93</sup>, difundido en el cuerpo<sup>94</sup>. 6. Todo esto es obviamente falso.

Afirmo, en efecto, que la razón de este tipo de cosas no es tan oscura como para que no podamos siquiera entender lo que no puede ser verdadero. ¿Pues si alguien me dijera que el cielo es bronceo o de cristal o, como dice Empédocles<sup>95</sup>, de aire helado, debo asentirlo en seguida porque no sé de qué materia es el cielo? Como, en efecto, una cosa no la sé, la otra sí. 7. En consecuencia, el alma no es el aire recogido en la boca, porque el alma se engendra mucho antes de que el aire pueda ser contenido en la boca. No se introduce en el cuerpo después

del parto, como les parece a algunos filósofos, sino inmediatamente después de la concepción, cuando la divina necesidad formó el feto en el útero; porque justo por esto vive dentro de las entrañas de la madre, para que crezca y aumente, y con repetidos golpes se goce en lanzarse fuera. Finalmente, es necesario que se dé el aborto si el animal está muerto dentro. 8. Las demás partes de la definición suponen lo siguiente: que parece que en aquellos nueve meses en los que hemos estado en el útero hemos estado muertos.

9. Ninguna de estas tres opiniones es un dictamen verdadero. Y, sin embargo, no se puede decir que quienes tuvieron este parecer se hayan equivocado tanto que no hayan dicho nada en absoluto, puesto que vivimos tanto con la sangre como con el calor como con el hálito. Pero dado que el alma se halla en el cuerpo cuando todas estas cosas se hayan reunidas, no han aclarado propiamente qué es el alma, puesto que ni se puede aclarar qué es ni se la puede ver.

### *18. Sobre el alma, el ánimo y sus sentimientos*

1. Sigue otra cuestión, ella misma complicada: si es lo mismo el alma y el ánimo, si una cosa es gracias a la cual vivimos y otra cosa gracias a la cual percibimos y entendemos. No faltan argumentos en los dos sentidos.

2. Quienes dicen que son una sola cosa, siguen esta razón: que no se puede vivir sin sensación ni se puede sentir sin vida, por lo que no puede ser distinto lo que no se puede separar, sino que, sea eso lo que sea, tiene la función de vivir y la razón de percibir. Por este motivo dos poetas epicúreos<sup>96</sup> lo llaman

indistintamente ánimo y alma. 3. Quienes dicen, sin embargo, que son cosas diversas argumentan de este modo. Se puede entender que una cosa es el espíritu<sup>97</sup> y otra cosa es el alma por lo siguiente: porque, aun quedando incólume el alma, el espíritu puede morir, lo que suele acaecer en los enloquecidos; y asimismo porque el alma se duerme en la muerte, el ánimo, en el sueño, y esto ocurre, en realidad, de tal modo que no solo ignora este qué hace<sup>98</sup> o dónde está, sino que también viene engañado con la contemplación de las cosas falsas. 4. En realidad, no se puede percibir el cómo sucede, el por qué ocurre, sí: no podemos, en efecto, descansar de ningún modo a menos que el espíritu se mantenga ocupado con las imágenes de las visiones. El espíritu se esconde oprimido por el sueño como el fuego se oculta, adormecido, en la ceniza, a la que, si se la mueve un poco, vuelve a arder y se despierta. 5. En consecuencia<sup>99</sup>, se distrae con imágenes hasta que los miembros, irrigados por el sopor, se activan. El cuerpo, en cambio, aunque las sensaciones sigan en vela, puede yacer inmóvil, pero no está en reposo, porque en él el sentido arde, vibra como la llama y mantiene todas las articulaciones unidas a él.

6. Pero una vez que el espíritu ha sido llevado de la atención a la contemplación de las imágenes, justamente entonces se relaja todo el cuerpo en reposo. 7. Un pensamiento ciego lleva al espíritu cuando, coaccionado este por las tinieblas, ha empezado a estar a solas consigo mismo. Mientras está atento en lo que reflexiona, le sobreviene de repente el sueño y su misma

reflexión se desvía, poco a poco, a las imágenes más cercanas: así empieza también a ver aquello que se había puesto ante sus ojos. 8. A continuación, va más allá y encuentra para sí algo con qué distraerse para no interrumpir el reposo más que saludable del cuerpo. Pues si el espíritu se distrae por el día con visiones verdaderas para que no se duerma, de la misma manera lo hace con cosas falsas por la noche para que no se despierte. Pues si no viera ninguna imagen, debería estar en vela o dormir en una muerte perpetua. 9. En consecuencia, Dios le ha atribuido la disposición del sueño para dormir, y lo tiene en común con todos los seres animados. No obstante, esto se lo ha concedido principalmente al hombre porque, cuando Dios le dio esa disposición en aras de descansar, se dejó para sí la facultad de enseñar al hombre el futuro por medio del sueño. 10. Pues a menudo las historias dan testimonio de que ha habido sueños cuyo cumplimiento ha sido inmediato y admirable. Y gracias a los sueños se han formado parcialmente las respuestas de nuestros poetas. 11. Porque no siempre son verdaderos, no siempre son falsos, como de ello es testigo Virgilio, quien creía que había dos puertas de sueños<sup>100</sup>. Pero los que son falsos se ven para dormir; los que son verdaderos los envía Dios para que aprendamos con esa revelación el bien o el mal inminente.

### *19. Sobre el alma y lo que Dios ha dado*

1. También se puede hacer la pregunta de si el alma se engendra del padre o más bien de la madre o quizá de los dos. 2. Pero esta la reivindicó yo con propio derecho como dudosa. Ninguna de estas tres afirmaciones es verdadera porque ni por ambos ni por uno de los dos se siembran las almas. El cuerpo, en efecto, puede nacer de los cuerpos porque se confiere algo

de los dos; de las almas no puede nacer el alma porque nada puede salir de una cosa tenue e incomprensible. 3. Así pues, la condición de las almas que se han de sembrar concierne solo y únicamente a Dios.

«En fin, todos procedemos de un semen celeste; / todos tienen el mismo padre...»<sup>101</sup>, como dice Lucrecio. Pues de los mortales no se puede engendrar nada, sino solo lo que es mortal. Ni se debe pensar que es el padre, quien de ningún modo percibe que transmite o inspira el alma, y aunque lo percibiera, no comprendería en su ánimo cuándo o cómo ha sucedido. 4. Por esta razón, es del todo obvio que no dan las almas los padres, sino el único y mismo Padre de todo, Dios, quien posee, solo Él, la ley y la disposición de que se nazca, ya que Él solo lo lleva a cabo. Pues nada hay del progenitor terreno, sino el que este emita o reciba con una sensación de placer el humor del cuerpo en el que está la materia del que va a nacer. Aparte de esta obra, el hombre se detiene y no puede nada más. Y desean que les nazcan hijos porque no los hacen ellos mismos. 5. De Dios es todo el resto, a saber, su misma concepción, la formación del cuerpo, la inspiración del alma, un parto incólume y lo que continuamente sirve para la conservación del hombre; es un don suyo el que respiremos, el que vivamos, el que nos desarrollemos. 6. Pues aparte de que por su beneficio gozamos de buena salud en el cuerpo y de que nos suministra la manutención a partir de distintos elementos, Dios ha concedido también al hombre la sabiduría, que el padre terreno no puede conceder de ningún modo. Por este motivo, a menudo nacen de sabios necios y de necios sabios, lo que algunos atribuyen al hado o a las estrellas. 7. Pero no es este el lugar de hablar del hado. Baste decir esto: incluso si los astros contienen la realización de las cosas, no es por ello menos<sup>102</sup> que

todo fue hecho por Dios, porque Él mismo también hizo y reguló los astros. Ineptos son, por lo tanto, quienes quitan esta facultad a Dios y se la atribuyen a sus obras<sup>103</sup>. **8.** Por si acaso fuésemos a utilizar<sup>104</sup> este regalo de Dios, celeste y preclaro, quiso Él que estuviese en nuestro poder. Una vez, en efecto, que se lo concedió, unió al hombre en sí mismo con el vínculo de la virtud<sup>105</sup>, con el que podría obtener la vida.

*19 bis*<sup>106</sup> **1.** Le otorgó y le dispuso como adversario un espíritu depravadísimo y falso en extremo con el que debía combatir en esta vida terrenal sin ningún descanso que le concediera la seguridad. El porqué dispuso Dios este enemigo al género humano lo he de exponer brevemente.

**2.** Ante todo, quiso que existiera la oposición, y por esa razón no desveló la verdad al pueblo llano, sino que se la reveló a muy pocos. Esta oposición contiene todo el secreto del mundo; es, en efecto, la que posibilita que exista la virtud; esta, de hecho, no solo no podría existir sin aquella<sup>107</sup>, sino que tampoco se podría dejar ver, ya que la virtud no habría podido existir si no hubiera existido algo semejante a ella, en el que la virtud, o bien debía ejercer su fuerza, o bien la debía hacer patente vencéndolo. **3.** Como no puede darse la victoria sin un combate, del mismo modo no puede

darse la virtud misma sin un enemigo. Por esta razón, ya que le había otorgado al hombre la virtud, le dispuso, por el contrario, un enemigo, para que la virtud no llegara a perder, adormeciéndose en el ocio, su propia naturaleza.

La causa de todo esto radica en lo siguiente, en que pudiese adquirir firmeza al verse golpeada y agitada, y que de ningún otro modo pudiera alcanzar la cumbre más alta si no estuviese fundada en el espíritu de luchar por su salvación, al verse siempre agitada por una mano prudente. No quiso Dios, en efecto, que el hombre alcanzara aquella famosa felicidad inmortal yendo por un camino delicado. 4. Por eso, como le habría de dar la virtud, le dio primero un enemigo que metiese en las almas de los hombres los apetitos y los vicios, para que fuese el responsable de los errores y el conspirador de todas sus desgracias, de modo que, si Dios llama al hombre a la vida, aquel lo haga al contrario, de manera que lo atraiga y lo conduzca a la muerte. 5. Este es el que seduce y engaña a los que se afanan por la verdad o el que, si con el engaño y con los afanes no lo hubiese podido conseguir, presenta un alma viril, por medio de la cual intenta socavar el vigor de los más excelsos, cometiendo cosas execrables y que no se pueden decir: ultraja, mata y, aunque derrumba a muchos, también se aparta de muchos vencido y derrumbado.

[continúa el capítulo 19]

9. ... Grande es, en efecto, la fuerza del hombre, grande su razón, grande su vinculación: si de ella alguien no se ha apartado ni ha traicionado su fe y su devoción, ese es feliz, ese – para decirlo brevemente– debe ser, en definitiva, semejante a Dios. Yerra el que mide al hombre por la carne, pues este cuerpecito con el que estamos vestidos es el receptáculo del hombre, dado que al hombre mismo no se le puede ni tocar ni mirar ni comprender, ya que está escondido dentro de esto que se ve. 10. Si alguien fuera voluptuoso o sibarita en esta vida –

esta es la que exige su razón<sup>108</sup>–, si desdeñara la virtud y se entregara a los deseos de la carne, caería y se daría con la tierra. Si, por el contrario, defendiera pública y constantemente –como debe– el estado erguido que<sup>109</sup> le ha tocado en suerte<sup>110</sup> y, si no se hiciera esclavo de la tierra que debe pisar y vencer, merecerá la vida eterna.

## *20. Sobre sí mismo y la verdad*

1. Te he hablado, Demetriano, de estas cosas, de momento con pocas palabras y quizá con más oscuridad de la que convenía debido al aprieto de las circunstancias y del momento presente. Deberás contentarte con ellas, a la espera de más y mejores lecturas<sup>111</sup>, si con nosotros tiene indulgencia el cielo. Entonces te exhortaré yo con más claridad y con más verdad a la doctrina de la verdadera filosofía. 2. He determinado escribir, en efecto, tanto cuanto pueda sobre lo que concierne al estado de la vida feliz y en contra de los filósofos, porque los

hay perniciosos y molestos para perturbar la verdad. 3. La increíble fuerza de su elocuencia y su sutileza al argumentar y discutir pueden engañar fácilmente a cualquiera. A estos los desmentiremos, en parte con nuestras armas, en parte con las recogidas de sus disputas entre sí, para que quede manifiesto que ellos, más que suprimir, inducen al error.

4. Quizá te admires de que me atreva a tamaña empresa<sup>112</sup>. ¿Hemos de soportar que la verdad sea apagada u oprimida? Yo prefiero con mucho fracasar bajo este peso. 5. Pues si Marco Tulio [Cicerón], prototipo único de la elocuencia en sí misma, ha sido a menudo superado por los indoctos y por los carentes de elocuencia, que, sin embargo, se esforzaban por lo verdadero, ¿por qué vamos a desesperar de que la verdad misma, por su propia fuerza y claridad, prevalezca contra la facundia falaz y capciosa? 6. Ellos suelen declararse patronos de la verdad, pero ¿quién puede defender la materia que no ha aprendido o ilustrar a otros en lo que él mismo no conoce? 7. Me parece que puedo prometer algo grande, pero es necesario un don celeste para que se nos dé talento y tiempo de alcanzar estos fines. 8. Porque si el sabio debe desear la vida, yo no desearía vivir, sin lugar a dudas, por ninguna otra causa que para conseguir algo que sea digno en la vida y que sea de provecho a los que nos leen, si no es en vista de la elocuencia, porque tenue es el flujo de la labia en nosotros, que lo sea en vista de la propia vida, que es lo más necesario. 9. Así hecho, juzgaré que he vivido lo suficiente y que he cumplido mi función de hombre, si mi esfuerzo ha librado a algunos hombres de los errores y los ha conducido al camino celeste.